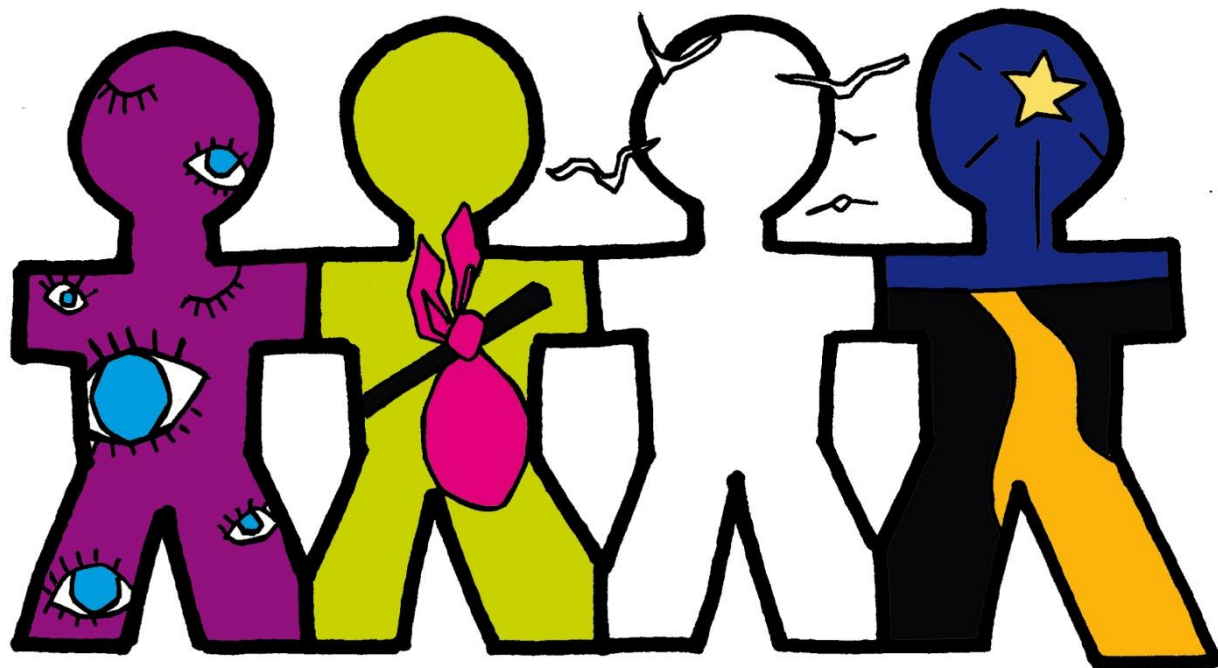


# Líneas orientativas

Adviento 2015

## ¡Deja ser! Dios está cerca



**DESPIERTA PREPÁRATE DESPRÉNDETE CAMINA**

Hoy, como hace 2000 años, Dios llega, quiere encontrar una tierra que no le rechace, un pueblo que se muestre disponible a la acogida, a la solidaridad, un hogar donde poder nacer y vivir desde el respeto, la justicia y la paz. Unos hombres y mujeres que amen, perdonen y vivan la misericordia sin condiciones. Hoy, más que nunca, celebremos este tiempo de adviento desde lo que somos. Escuchemos la Palabra de Dios que nos exhorta una y otra vez a que ¡Dejemos ser! porque Él está cerca. Comienza el tiempo de Adviento ¡aprovechemos la oportunidad!

Los cristianos estamos otra vez esperando. Comenzamos un tiempo de espera, esperanza y respeto. De espera porque el adviento nos invita a entrar, de nuevo, en la dinámica de Dios, en la dinámica de esperar contra toda esperanza. Un tiempo de esperanza que nos traerá al Mesías inaugurando un tiempo nuevo en un mundo nuevo. Una esperanza que es síntoma de vida: cuando alguien no espera es que ha decidido que su vida no merece la pena. Nada hay más positivo y rejuvenecedor que esperar con ilusión y esperanza un acontecimiento, más si lo sabemos cercano y extraordinario.

Un tiempo de respeto, porque el ritmo de estas semanas de adviento lo marca Dios, que nos conoce, que sabe de nuestros ritmos y reticencias, de nuestros proyectos, logros y carencias. Un tiempo respetuoso y exigente. Un tiempo para respetarnos a nosotros mismos y a los demás. Los cristianos somos o deberíamos ser los hombres y las mujeres de la espera, la esperanza y el respeto, dispuestos a empezar siempre, a levantarnos por encima de nuestras debilidades, fracasos y angustias, porque sabemos que estamos invitados a Dejar ser y sabemos que Dios, una vez más, está cerca en la persona de Jesús de Nazaret.

Adviento es posibilidad, descubrimiento, acercamiento, abajamiento, conversión, discernimiento, contemplación, asombro, respeto, espera, profecía, alegría, esperanza, confianza, camino, fiesta... Adviento es Jesús de Nazaret.

Este curso, siguiendo las Líneas Pastorales de FEC dibujadas por la Comisión del valor, hemos pensado que un lema significativo y sencillo sería **¡Deja ser! Dios está cerca**, aunando el lema pedagógico-pastoral de este curso en los colegios FEC y la promesa de este tiempo de adviento. Cada semana, como en los cursos anteriores, irá apareciendo una indicación procedente de la Palabra de Dios, queriendo resumir en una palabra el mensaje de cada semana de Adviento.

Dios, mediante su Palabra, nos indica el itinerario vital y creyente que debemos hacer si queremos descubrir a Jesús, si queremos experimentar en nuestra propia vida cómo Jesús, encarnándose en nuestra humanidad y respetando nuestra historia y nuestras historias, se hace cercano, tan cercano que se hace hermano nuestro.

Celebrar al Adviento significa dejar que Dios toque nuestro corazón y lo habite, lo haga confortable, lo serene, lo haga respetuoso, lo llene de paz, de sitio libre para acogerlo. En Adviento, **¡Deja ser! Dios está cerca**. No dejemos escapar esta nueva oportunidad.

### *Metodología pastoral para este Adviento*

Ya hemos indicado que durante este Adviento queremos dejarnos guiar por esa exhortación esperanzada: **¡Deja ser! Dios está cerca**. Exhortación que contiene muchas otras invitaciones: “Déjate hacer”, “Deja que Dios que llega te transforme”, “Déjate habitar por el Dios de Jesús”, “Deja que el Señor te haga”, “Deja ser al Dios de Jesús en ti”...

La Palabra de Dios, y en particular el evangelio de Lucas este ciclo C, esboza un itinerario catequético precioso, que no deberíamos dejar pasar por alto. Dicho itinerario nos presenta cuatro indicaciones básicas para poder acercarnos al Misterio de la Navidad, a ese Dios que deja

ser y nos deja ser, y por ello se acerca a la humanidad encarnándose en Jesús de Nazaret: **DESPIERTA – PREPÁRATE – DESPRÉNDETE – CAMINA.**

Las cuatro indicaciones poseen un tono directo, claro, respetuoso, exigente, exhortativo y señalan las etapas de un proceso de crecimiento, de todo proceso vocacional, de cada proceso de madurez.

En este Adviento, Dios Padre desde el respeto a lo que somos, sentimos, creemos y hacemos nos invita una vez más a caminar hacia la Navidad y nos muestra el itinerario para encontrarnos con su Hijo, para que vivamos con esperanza, desde el respeto, su venida: “Jesús: Dios no puede decir más de sí mismo”.

En este Adviento Dios nos invita a **despertar** de lo de siempre, de nuestra rutina y adormilamiento, a poner manos a la obra; nos invita a **prepararnos**, por dentro y por fuera, personal y comunitariamente; nos invita a **desprendernos**, a convertirnos, a ser y estar de otra manera, a usar nuestras manos y nuestros bienes también para otras tareas y fines, para otras personas; nos invita a **caminar**, a extender nuestra mano y bendecir (hablar bien, ensalzar, reconocer) a los otros, a vivir como hombres y mujeres que han encontrado a Jesús y se han dejado transformar por su vida y su mensaje. A vivir como hombres y mujeres que respetan y se respetan.

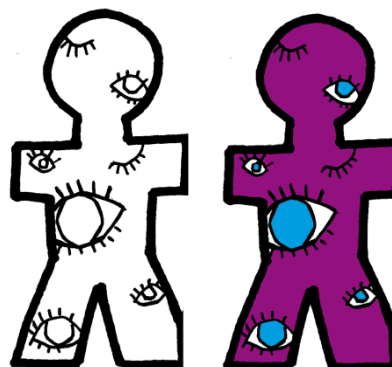
## I DOMINGO DE ADVIENTO/CICLO C: ¡DESPIERTA!

**Jr 33, 14-16:** “Suscitaré a David un vástago legítimo, que hará justicia y derecho en la tierra”.

**Sal 24:** “A ti, Señor, levanto mi alma”.

**1 Tes 3, 12-4,2:** “El Señor os fortalecerá...”.

**Lc 21, 25-28.34-36:** “Se acerca vuestra liberación... estad siempre despiertos”.



En este camino de Adviento que hoy comenzamos, la primera señal que Dios nos hace, la primera señal con la que nos encontramos es ¡Despierta!

Jesús fue un creador incansable de respeto y esperanza, una esperanza respetuosa con los hombres y mujeres. Toda su existencia consistió en contagiar a los demás esa esperanza que él mismo vivía desde lo más hondo de su ser. Hoy escuchamos su grito de alerta: «Levantaos, alzad la cabeza; andaos con cuidado... ». Estas palabras no han perdido actualidad, pues las personas seguimos faltando el respeto a lo otro, a los otros, al Otro, matando la esperanza y embotando nuestra existencia de muchas maneras.

Cuando en una sociedad las personas tienen como objetivo casi único de su vida el bienestar, la satisfacción de sus apetencias y se encierra cada una en su propio disfrute, allí muere el respeto y la esperanza.

Tal vez, uno de los efectos más graves y generalizados de vivir en una sociedad como la nuestra, que sufre de una «patología de la abundancia y la cantidad», sea la frivolidad, la ligereza en el planteamiento de los problemas más serios de la vida, la superficialidad que lo invade casi todo y que se traduce, a menudo, en incoherencias fácilmente detectables: las personas satisfechas no desean nada realmente nuevo. No quieren cambiar el mundo.

El presente les satisface y basta. No se rebelan frente a las injusticias. Pueden permitirse el lujo de no esperar nada mejor. Nada más lejano del proyecto de Jesús, que implica toda la vida de las personas y que desborda todos sus anhelos y esperanzas.

Siempre resulta tentador instalarnos en nuestro pequeño mundo, gozar de la abundancia y vivir tranquilos y cómodos, sin mayores aspiraciones y sin problemas. Casi inconscientemente anida en nosotros la ilusión de poder conseguir la propia felicidad sin cambiar nada del mundo. Pero no lo olvidemos: solamente aquellos que se han insensibilizado o que se han habituado a la falta de respeto hacia los otros pueden sentirse a gusto en un mundo como éste.

Quien ama de verdad la vida y se siente solidario, quien tiene la esperanza del Reino, sufre la tensión y la intranquilidad de comprobar que todavía no podemos disfrutar la felicidad a la que estamos llamados. Dejar ser implica tiempo, trabajo, despertar, compromiso... fe.

De la frivolidad y el embotamiento sólo es posible liberarse despertando, reaccionando con vigor contra la inconsciencia y aprendiendo a vivir de manera más lúcida. Ésta es precisamente la llamada del pasaje evangélico de esta primera semana, la primera indicación para este tiempo de adviento: «Poneos derechos, alzad la cabeza... andaos con cuidado... estad despiertos». Nunca es tarde para escuchar la llamada de Jesús a vivir vigilantes y discernir, despertando de tanta indiferencia y asumiendo la vida de manera más responsable.

Los creyentes no podemos dejar de escuchar con inquietud esta interpelación. Y es que según cómo esperamos, así somos. Por eso, la verdadera esperanza, el verdadero respeto, ni embota ni adormece, sino que nos desinstala y nos pone en pie. La esperanza cristiana es respetuosa y creadora: exige de nosotros la decisión de apuntarnos a la lista de los que quieren aportar algo al proyecto de mejora del mundo, de los comprometidos en favor de una sociedad más justa y más fraterna (los colmados de amor mutuo y amor a todos como refiere Pablo en la segunda lectura).

El que cree de verdad en el Reino (en el que se cumplirá la promesa como anuncia Jeremías), siente necesidad de luchar por cambiar la tierra, porque la esperanza cristiana pasa a través de las genuinas esperanzas humanas.

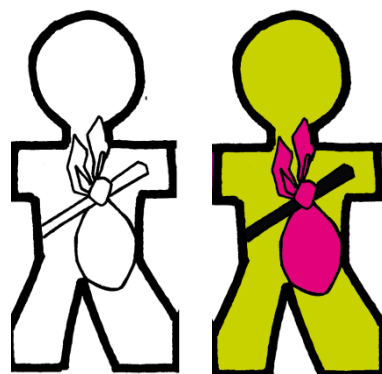
## II DOMINGO DE ADVIENTO/CICLO C: ¡PREPÁRATE!

**Bar 5, 1-9:** “Dios mostrará su esplendor sobre ti”.

**Sal 125:** “El Señor ha estado grande con nosotros...”.

**Flp 1, 4-6.8-11:** “Manteneos limpios... para el día de Cristo”.

**Lc 3, 1-6:** “Todos verán la salvación de Dios”.



Después de la exhortación de la primera semana a despertar, la Palabra de Dios nos da una nueva pauta para el camino por boca de Juan Bautista: ¡Prepárate!

Juan, un hombre que no pertenece a ninguna jerarquía y que no posee poder ni dinero ni autoridad alguna, es el único que escucha la Palabra de Dios, que debe oír todo el pueblo.

Siempre es así. Es al pobre al que hay que escuchar, para poder oír en lo más hondo de nuestro ser la llamada al cambio y poder ver la salvación de Dios. Cuando una persona sincera es capaz de aprender a mirar la vida desde la perspectiva del pobre, del no-respetado y del indefenso, se siente llamada a renovar su vida. Escuchar a la persona que nos grita desde el desierto de su pobreza es siempre escuchar una llamada a la conversión. Si aprendiéramos a ver la vida desde el anhelo del pobre y nos decidiéramos a compartir realmente sus aspiraciones, sus luchas, su hambre por vivir en una sociedad más humana, comenzaríamos a entender la existencia de una manera cualitativamente distinta, experimentaríamos eso de ser pequeños, eso de ser menores entre los menores y la salvación de Dios se haría presente ya entre nosotros.

Hoy, un grito estridente y doloroso resuena en nuestro mundo: el clamor de los pobres, los indefensos, los desheredados, los refugiados, los atropellados por la injusticia, los ancianos, los humillados, los manipulados, los emigrantes, los que carecen de trabajo... los no-respetados. Es una voz que nos urge a empeñarnos de manera personal y comunitaria. Esa voz nos habla de ponernos manos a la obra, de allanar, enderezar, igualar. Sólo así podremos ver todos la salvación de Dios.

Vivimos más y mejor informados que nunca y, sin embargo, son cada vez más los que se sienten desprovistos de razones convincentes para dar sentido a su vida. Hoy es posible una comunicación rápida y eficaz entre las personas y los pueblos, por toda clase de medios y, sin embargo, cada vez somos menos capaces de entablar relaciones de amor, respeto mutuo y amistad.

La sociedad está mejor equipada para luchar contra el dolor, la enfermedad y el mal, pero, al mismo tiempo, parece que las personas se sienten más débiles para enfrentarse al sufrimiento y las contrariedades de la vida. Cada vez son mayores las posibilidades de viajar, divertirse y cultivar toda clase de aficiones y deseos, pero sigue creciendo, al mismo tiempo, el número de personas insatisfechas...

Hemos olvidado que la vida se nos presenta a todos como un proyecto-tarea que hay que ir resolviendo día a día y que hay que plantear bien. No pocos hombres y mujeres intuyen que no tienen la vida bien planteada: les falta ilusión, sentido, horizonte, respeto, objetivos, coherencia, alegría... Lo que caracteriza a los cristianos es que, al diseñar nuestra vida, al darle un sentido y vivirla, tenemos como punto de referencia clave a Jesucristo. De ahí la importancia de escuchar con atención la voz del profeta: «Preparad el camino al Señor». Esta es la segunda indicación de este adviento: si queréis que nazca Jesucristo en vuestra vida, debéis preparaos. La preparación consiste en la igualación definitiva de las relaciones humanas, que han de pasar de la desigualdad a la igualdad, de la injusticia a la justicia, del no respeto al respeto mutuo, expresado simbólicamente en la nivelación de los terrenos.

No basta el cambio interior: el camino y los senderos hacen referencia a algo que tiene relación con todos, a un mundo nuevo, a una nueva sociedad, al Reino de Dios (con el esplendor que narra el profeta Baruc). Es fácil sentir la impotencia ante la complejidad de la sociedad actual y lo poco que se puede hacer; pero la voz del profeta es un reto para todos (como también afirma Pablo...“ que vuestra comunidad de amor siga creciendo...”). No se puede ver la salvación de Dios si no hay conversión, si no hay cambio, si no hay praxis concreta del compartir y la solidaridad, si no nos remangamos y ponemos nuestras manos al servicio de los demás. Hay que ¡Dejar ser!

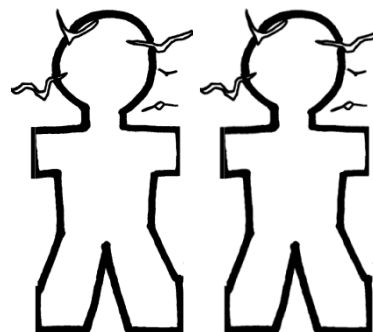
### III DOMINGO DE ADVIENTO/CICLO C: ¡DESPRÉNDETE!

**Sof 3, 14-18a:** “El Señor se alegrará en ti”.

**Sal (Is 12):** “Gritad jubilosos ¡Qué grande es...!”.

**Flp 4, 4-7:** “El Señor está cerca”.

**Lc 3, 10-18:** “¿Qué hemos de hacer?”.



Estamos ya en la tercera semana de Adviento.

En las dos semanas anteriores la Palabra de Dios

nos ha exhortado a despertar y a prepararnos para la venida del Señor. En esta tercera semana, entre las palabras de ánimo del profeta Sofonías (“No temas, no desfallezcan tus manos”) y la invitación a la alegría que nos hace Pablo (“estad siempre alegres”), la Palabra de Dios nos hace una nueva indicación que viene a responder, como en tiempos de Juan Bautista, a nuestra pregunta del “qué tenemos que hacer”. La indicación es dura y directa: ¡Despréndete!

Tres veces repite Lucas la misma pregunta formulada por «la gente», por «unos publicanos» y por «unos militares». No se preguntan lo que hay que pensar, ni siquiera lo que hay que creer: son hombres y mujeres que se atreven a enfrentarse a su propia verdad y están dispuestos a transformar sus vidas, están dispuestos a ser y a dejar ser.

Hoy, por una parte, se escuchan llamadas al cambio y a la conversión, a la responsabilidad ética y a la solidaridad, pero casi nadie se da por aludido. Naturalmente, la conversión y el desprendimiento son imposibles cuando se las da ya por supuestas.

Por otra parte, los medios de comunicación social nos informan, cada vez con más rapidez y precisión, de toda la realidad que acontece entre nosotros: conocemos cada vez mejor las injusticias, las faltas continuas y repetidas de respeto hacia todo y hacia todos, las miserias y los abusos que se comenten diariamente en nuestra sociedad y ello crea en nosotros un cierto sentimiento de solidaridad, e incluso puede provocarnos un sentimiento de vaga culpabilidad. Pero, al mismo tiempo, acrecienta nuestra sensación de impotencia. Nuestras posibilidades de actuación son muy exiguas. Por eso es difícil evitar la pregunta: ¿Qué podemos hacer?

Juan Bautista nos ofrece, con claridad y simplicidad, una respuesta decisiva que nos pone a cada uno frente a nuestra propia verdad. No es fácil escuchar sus palabras sin sentir cierta incomodidad y cierto malestar. Son palabras que, escuchadas con el corazón abierto, hacen sufrir. Ante ellas se termina nuestra falsa «buena voluntad» y se diluye nuestro sentimentalismo religioso.

Nuestras protestas y gritos, discusiones y controversias, que con frecuencia nos dispensan de nuestra actuación personal, quedan reducidas, de pronto, a nada: «El que tenga dos túnicas que las reparta con el que no tiene...; no exijáis más de lo que tenéis establecido...; no hagáis violencia a nadie, ni le saquéis dinero...».

Quedarse en una búsqueda incesante, o contentarse con preguntar sin escuchar verdaderas respuestas, no es conversión ni tiene nada que ver con el desprendimiento. Las sencillas palabras del Bautista ponen el dedo en la llaga y nos obligan a pensar que la raíz de las injusticias está también en nuestro corazón.

Es hora ya de “aventar la parva” (seleccionar o elegir), “reunir el trigo” (ir a lo medular y no andarse por las ramas) y “quemar la paja” (echar por la borda lo inservible o lo que nos inmoviliza). Es hora de desprenderse, de dejar ser lo que estamos llamados a ser, es hora de convertir realmente nuestro corazón.

En estos tiempos tan duros para los pobres y marginados, la denuncia de Juan Bautista cobra nueva vigencia. Es el momento de compartir, de desprenderse y ser solidario, de “abrir los dedos y hacer de nuestras manos, manos abiertas que acaricien, pidan y trabajen y que adopten un gesto de espera; que saluden, que inviten y den; manos limpias que no oculten nada cuando ofrezcan amistad sincera, manos llenas de amor, manos incansables, que derrochen consuelo en las penas, manos fuertes, manos con calor; manos abiertas que se aferren a otras con fuerza derribando los muros del miedo y compartan risas y dolor... manos abiertas”.

Acoger la buena nueva de la venida del Señor requiere esa conversión y ese desprendimiento (interno y externo). Nuestros gestos y hechos nos acercan o alejan de la llegada del Señor. Ellos la hacen posible o la dificultan. Saber discernir (cerner y elegir nuestra vida) es la tarea del creyente que quiere acoger y extender la buena noticia.

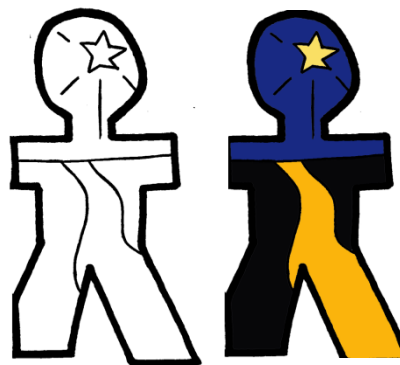
## IV DOMINGO DE ADVIENTO/CICLO C: ¡CAMINA!

**Miq 5, 2-5a:** “De ti saldrá el jefe de Israel”

**Sal 79:** “Que brille tu rostro y nos salve”

**Hb 10, 5-10:** “Aquí estoy para hacer tu voluntad”

**Lc 1, 39-45:** “Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor”



Palmo a palmo hemos llegado a esta cuarta semana de Adviento y en ella la Palabra de Dios nos presenta la figura y la actitud de María. Una nueva indicación para todos nosotros emana de dicha Palabra: ¡Camina!

Uno de los rasgos más característicos de la fe en Dios es saber acudir junto a quien está necesitando nuestra presencia. El primer gesto de María, tras acoger las palabras del ángel y decir sí a la propuesta divina, es ponerse en camino y marchar aprisa junto a otra mujer que necesita en esos momentos su cercanía. El respeto, como el amor, siempre piensa en el otro, en dejar ser al otro, en permitir al otro alcanzar el sueño de Dios para él.

Hay una manera de amar, que debemos recuperar en nuestros días, y que consiste en acompañar a vivir a quien se encuentra hundido en la soledad, bloqueado por la depresión, atrapado por la enfermedad, encumbrado en sus faltas de respeto, marginado por la droga o sencillamente vacío de toda alegría y esperanza de vida. También acompañar a vivir a cada persona la propia historia personal, la propia vocación, su ¡Sé! y su ¡Dejar ser!

Estamos consolidando entre todos una sociedad hecha sólo para los fuertes, los agraciados, los jóvenes, los sanos, los triunfadores y los que son capaces de gozar y disfrutar de la vida.

Procuramos rodearnos de personas simpáticas y sin problemas, que no pongan en peligro nuestro bienestar; convertimos la amistad y el amor en un intercambio mutuo de favores, golpeando con nuestra mano en el hombro de quien es como nosotros y así logramos vivir «bastante satisfechos». Sólo que así no es posible experimentar la alegría de contagiar y dar vida. El que cree en la encarnación de un Dios que ha querido compartir nuestra vida y acompañarnos en nuestra indigencia, se siente llamado a vivir desde el respeto y de otra forma.

No es fácil aceptar el mensaje evangélico de «ponerse en camino», cuando nos consideramos «tan ocupados» en tareas y nos sentimos tan agobiados que confesamos no tener tiempo ni para nosotros mismos. Pero esto difícilmente se casa con la actitud de María que aparece en esta página evangélica y con ser personas de fe.

Es mentira creer que Dios se ha hecho hombre buscando la liberación plena de la humanidad y no esforzarse, a la vez, por ser persona cada día y trabajar por un mundo más humano y liberado. Es mentira creer en un Dios que se desprende, abaja y humaniza y al mismo tiempo, considerar que lo mío, mi tarea, mi trabajo, mis actividades son sagradas e intocables.



Es mentira creer en un Dios que camina y nos visita y, a la vez, encerrarnos en nuestro pequeño mundo y en nuestros problemas.

Después de haber sido invitados a despertar, a prepararnos y a desprendernos, Dios nos invita a caminar. Ojalá estemos lo suficientemente despiertos, preparados y desprendidos como para ponernos en camino y poder experimentar y ser testigos de que Dios viene a nuestro encuentro, de que Jesús encarnado en nuestra humanidad es ese ¡Deja ser! que Dios extiende a cada uno de nosotros.

Dios está cerca. Dios nos exhorta a todos a ser y a dejar ser. Vivamos y celebremos la fiesta de la Navidad sabiéndonos acogidos y sostenidos por la mano del Padre, que nos trae a Jesucristo, que nos reúne en fraternidad, que nos hace uno en la diversidad, que nos hace hermanos...

# NAVIDAD 2015:

## ¡DEJA SER! ¡CELEBRA NAVIDAD!

